

tumbas? Quisiste amar en silencio, y como era amor de la tierra el tuyo, el corazon, que es tierra, habló por fin, y al contacto de la palabra, la imágen de tus encantos desapareció.

» — Os expresais, padre, como un adivino ó como un poeta.

» — Me expreso como un hombre que lleva tambien consigo las ruinas de esos palacios, levantados en mal hora por la fantasía.

» — Pasé meses y años, continuó el peregrino, en triste cautiverio. Padre, la soledad de un loco, que sólo es loco de amor, pareceme tormento con el cual no se pueden comparar ni áun los que Virgilio mostró dos siglos hace á mi gran maestro florentino, el amante de Beatriz. Nunca he estado ménos solo que en aquellos largos dias de soledad. El rayo de sol, que descendia por la reja de mi calabozo, dibujaba en el lóbrego espacio un camino de luz, donde millares y millares de figuras sutiles, vagas, incorpóreas formaban como escolta de honor en torno al alma purísima de mis amores; vision flotante y celestial, cuya sonrisa inundaba de júbilo mi pecho, cuyo enojo encendia en mi corazon todo el fuego de aquella montaña, en cuyas faldas nací y entre cuya lava ardiente se pasaron los juegos de mi infancia. Si el cansancio del espíritu y la lucha de los pensamientos por ventura me rendian, ¡cuántas veces, en las horas tranquilas de la noche, mi vision adorada, envuelta en vestiduras de plata, que para ella entretejian los rayos de la luna, venía silenciosa por no despertarme, y se alejaba rápida despues de acariciar mi frente abatida ó de rozar con sus alas mis labios, contraidos por el dolor! ¡Cuántas veces me desperté sintiendo en todo mi sér la emocion del ósculo invisible y misterioso que imprimia en mi alma, no el amor fugitivo, material y *tutto tremante* del seductor de Francesca, sino el amor inmenso, inextinguible y cuasi omnipotente de los espíritus puros!

» Los ojos del peregrino brillaban con extraño resplandor al evocar estos recuerdos: los dos monjes se cruzaron una mirada llena de inteligencia y de caridad, que decia en buen italiano *non è guarito*, y en nuestro idioma *no está curado*.

» — ¿Por qué se acabaron los dias de mi prision? Allí á lo

ménos saboreaba yo, despierto, la amargura de mis males, y me mecia, dormido, en lecho de flores, que para mí formaban las manos de las hadas en la region de las sombras.

» ¿Qué importa la libertad del mundo y de los hombres á quien vive aprisionado entre las cadenas de su pensamiento y tiene por mazmorra la cavidad obscura de su propio corazon?

» ¡Salí del cautiverio de un tirano y dí en el cautiverio de la envidia y de la calumnia, de la pobreza y del hambre! No sé si canté ó si lloré mi libertad; sólo recuerdo que los primeros acentos de mi lira fueron para el soberano mismo que me aherrojó; venguéme proclamando mi corazon más poderoso que su furia; y mi amor, más noble y más altivo y más soberano, en fin, que su corona ducal. Oid lo que le dije:

*Tór mi potevi, alto Signor, la vita,  
Che de' Monarchi e dritto;  
Ma tórmi quel che la Bontà infinita  
Senno mi diè, perche d'amore ho scritto,  
D'amore a cui natura e il ciel ne invita  
È delitto maggior d'ogni delitto:  
Perdon chiedei; tu mel negasti: addio;  
Mi pento ognor d'il pentimento mio.*

» A medida que el huésped pronunciaba los magníficos versos de la estrofa, el monje anciano parecia abismarse más y más en el fondo de una idea que dominaba su mente; empezaba á admirar al hombre que habia compadecido.

» — Por Dios, dijo el benedictino, que fué noble vuestra venganza: los versos que acabais de recitar vivirán más, seguramente, que la memoria de vuestro opresor, quienquiera que fuese.

» — Parecíame, dijo el otro monje, oir el eco de una musa, hermana de aquella otra que en nuestros propios dias ha cantado:

*Giacee l'alta Cartago; appena i segni  
Dell'alte sue robine il lido serba  
Muojono le città, muojono i regni.  
Copre i fasti e le pompe arena ed erba.*

» ¿Conoceis, por ventura, al autor de la *Jerusalem*?

» — Bien haya la caridad, que no sabe en quien se emplea, respondió el desconocido.

» Y el monje anciano, como quien da con la anhelada solución de un problema, asiendo la mano casi yerta del trovador, se apresuró á decir :

» — ¿Será posible? Nacido á las faldas de un volcan, criado entre príncipes, celebrado por las damas, perseguido y preso, y pagando en poemas los agravios; loado sea Dios, que se digna enviarnos á estas soledades del Apenino al mayor poeta de la presente edad. Bien venido, Torcuato Tasso.

» — ¿Tú Torcuato? exclamó el jóven? ¿tú, el que yo me figuraba tan amado, tan enaltecido y tan feliz? ¡Oh! Si la desventura te persigue, quédate con nosotros; las celdas de Montecassino, donde vivió Benedicto y donde murió Hildebrando, están muy acostumbradas á cobijar augustos infortunios y á recoger ilustres desgraciados; quédate con nosotros en este que fué asilo de la ciencia y es hoy morada de la paz. En nuestra Basílica sombría y silenciosa hallará tu alma consuelos, que no le prestaron las vaporosas visiones de la cárcel de Santa Ana, y tu corazón latirá al eco de armonías más dulces que tus versos, con ser tus versos los más dulces que humana lengua puede modular. Si amas las ruinas, aquí las tienes, palpitan aún, á pesar de los siglos: por aquí ha pasado el culto de los paganos y el poderío del pueblo-rey: esas grutas y esas paredes saben historias, que los libros no contienen; han visto hazañas y han conocido héroes, que los poetas acaso no han cantado. Si quieres libros y antiguos pergaminos, ejecutoria ilustre de la sabiduría benedictina en los días de la ignorancia general, nuestra biblioteca y nuestro archivo te abrirán sus tesoros y te recibirán con amor y te enseñarán tal vez muchas cosas, que no sabes, con saber tantas: tú, que entiendes de sombras y que penetras el lenguaje de los seres invisibles, podrás conversar aquí con el genio de tu maestro, el florentino Dante Alighieri, que en estas cumbres recogió la tradición del hermano Alberico, que embellece las regiones de su Paraíso. Si amas la naturaleza y sus encantos, aquí los bosques te brindarán con apacible sombra, y con cantos siempre nuevos

los ruisseños de la enramada: verás mansos arroyos, que corren tranquilos y sonoros como los versos de tu *Aminta*, y torrentes y cascadas, que te recuerden el ímpetu clamoroso de las huestes de tu Godofredo. Flores que no riega la mano de los hombres, pero que esmalta cada mañana el rocío de la aurora, te ofrecerán más dulce tributo que aquellos príncipes, que te affigieron, despues de hacer de tu genio el más rico brillante de su corona. ¡Oh! Quédate con nosotros, repétian casi á una voz los dos religiosos, acariciando á su huésped.

» — Padres, respondió Torcuato, parece que la fortuna quiere ya darme descanso. Voy á Roma á ser coronado en el Capitolio, llevando por compañeras pobreza y enfermedad. ¡Cuánto he sufrido! Mi alma está anegada en tristeza; sólo en la Iglesia he hallado siempre puerto y refugio: funestos me fueron los espléndidos umbrales de los palacios; suavemente hospitalarias las puertas de los conventos. ¡Iglesia santa, tú eres mi verdadera madre! ¡monjes generosos, vosotros sois mis hermanos!.....

» Y al proferir estas palabras, Torcuato estuvo á punto de desmayarse; los dos benedictinos se apresuraron á sostenerlo en sus brazos. La luna, en aquel instante, condensando con amor todos sus rayos, alumbró de lleno un cuadro digno de Rafael y de Van Dik.

» ¡Hermosa imágen, la frente del genio reclinada en el pecho de la religion!.....

» Tres días pasó el gran poeta en la celda amiga de Montecassino, al cabo de los cuales hubo de emprender su viaje á Roma: atravesó los profundos y amenos valles de Ceprano y Valmontone; franqueó las puertas de Treventino, la de las murallas Ciclópeas y de Frosinone, la de las pintorescas doncellas del cántaro en la cabeza, que dieron á Poussin el tipo de su Rebeca; saludó desde los montes Sabinos la cúpula de Miguel Ángel, que se destaca en el horizonte.....; era la séptima vez que Tasso entraba en la ciudad de sus dolores. ¿Se habia mudado la fortuna, ó maquinaba el último y más formidable de sus desengaños?

» El poeta fué acogido en Roma con vivas muestras de con-

sideracion y de alegría; el Papa Clemente VIII le dijo: «Te he destinado la corona de laurel para que en ti se vea honrada la que sirvió para honrar á otros.» Los cardenales Aldrobandini, sobrinos del Pontífice, no perdonaron medio de mostrar á Tasso la sinceridad de su afecto; nobles y plebeyos sabian que estaba definitivamente fijada para la inmediata primavera la solemne coronacion del autor de la *Jerusalem* en las alturas del Capitolio, donde habian triunfado los héroes de la antigüedad, donde habia recibido Petrarca la corona de laurel. El poeta, sin embargo, llevaba sus pensamientos más allá de la pompa mundana, que le sonreia, y más arriba que el Capitolio, que le aguardaba. Flaco de fuerzas, destrozado y marchito el corazon, con aquella claridad que ilumina las almas superiores, y que hace *vates* de los poetas verdaderos, sintió aproximarse su fin, como una sombra que avanza á la caída de la tarde, y pidió ser llevado al Janículo á respirar el aire puro de la colina y de la santidad. «Vengo, padres, á morir en medio de vosotros», dijo, al entrar en el claustro del monasterio de San Onofre, y aquellos buenos Jerónimos habilitaron la mejor de sus celdas para colocar y servir al poeta enfermo, cuya triste peregrinacion tocaba ya á su fin. En aquella celda, que hoy guarda vivas las memorias de tan insigne y desventurado huésped, pasó Tasso los últimos veinte dias de su vida: allí escribió con temblorosa mano una carta dirigida á su íntimo amigo Antonio Constantini, y que puede considerarse como el último suspiro enviado al mundo por el poeta, ante cuyos ojos se abren las puertas de la eternidad.

» —¿Qué dirá mi señor, Antonio, cuando sepa la muerte de su Tasso? Y por mi cuenta no ha de tardar mucho la noticia; que me siento ya en las postrimerías de la vida, sin remedio humano para esta enfermedad de ahora, que, unida á las antiguas mias, me arrastra como un torrente impetuoso. No es ya tiempo de que yo hable de mi obstinada fortuna, por no decir de la ingratitude del mundo, la cual, por último, logró su empeño de verme bajar mendigo á la sepultura, cuando yo pensaba que la gloria, que á despecho de quien no lo quisiere, reportara este siglo de mis escritos, valiera á lo ménos para no

dejarne absolutamente sin galardón. He pedido que me traigan á este monasterio de San Onofre, no sólo porque los médicos recomiendan su aire, como preferible al de todo otro punto de Roma, sino por comenzar desde este lugar eminente, y acompañado de estos devotos padres, mi conversacion con el cielo. Pedid mucho á Dios por mí, y estad seguro de que, como siempre os amé y honré en la presente vida, así haré por vos en la otra, que es más cierta, todo lo que á la verdadera caridad corresponde. Y es de esperar de la gracia divina, á la cual os encomiendo y me encomiendo.»

¿No es verdad que esta carta parece dictada por el mismo espíritu que dictó aquella otra de Cervántes al Conde de Lémos, al dirigirle su *Persiles*? «Ayer me dieron la Extremauncion y hoy escribo ésta; el tiempo es breve; las ansias crecen; las esperanzas menguan, etc.....»

¿No es verdad que hay en la historia y en el desenvolvimiento de los grandes caracteres y de los grandes sucesos sinonimias admirables, armonías, cuyo sentido no está al alcance de los hombres? Tasso gemia cautivo en una cárcel de Italia, y Cervántes desde Argel á Valladolid, y á Madrid y á Argamasilla, tan sólo cambiaba de carceleros. Á Cervántes rescataron de las bárbaras cadenas berberiscas los Trinitarios de España; á Tasso dieron pan y abrigo los Benedictinos de Italia; la mano piadosa de unas monjas de Madrid recogió los despojos mortales del escritor alegre, regocijo de las Musas: la mano piadosa de los Jerónimos de Roma enjugó el sudor de la muerte, y dió humilde sepultura al trovador de los cruzados, que por su fe y su entusiasmo, puede bien llamarse el cruzado de los trovadores.

Á la tumba de Tasso hacen todavía guardia de honor los eremitas de San Onofre; ¿qué habrá sido, ó que será en estos momentos de las pobres guardadoras de la tumba de Cervántes? Si ni el depósito de aquellas cenizas basta para salvar del impío y salvaje furor de los invasores de España á las Trinitarias de Madrid, la voz del honor y de la justicia les grita, desde esta altura, donde el genio triunfa de los siglos y de los hombres: ¡Atras, insensatos! los que osais maltratar

á las infelices bienhechoras de Cervántes muerto, son cien veces más miserables que los que maltrataron á Cervántes vivo.

Torcuato Tasso murió el 25 de Abril de 1595. Con muy corta diferencia de años gemian á la vez en hospitales ó en cárceles de Portugal, Italia, Inglaterra y España, Camoens, Tasso, Shakespeare y Cervántes. La posteridad les ha puesto coronas de laurel sobre las coronas de espinas que les ciñeron los contemporáneos.

Tasso fué enterrado en la iglesia de San Onofre: por mucho tiempo no hubo otro monumento sobre la sepultura del gran poeta, que una modesta losa del suelo, en que se leía:

D. O. M.  
TORQUATI TASSI  
OSSA  
HIC JACENT.....  
HOC NE NESCIUS  
ESSES HOSPES  
FRES HUIUS ECC.  
P. P.  
M. D. C. I.  
OBIIT ANNO M.DXCV.;

que traducida al castellano pudiera decir:

AQUÍ YACEN  
LOS HUESOS DE TORCUATO TASSO.  
PARA QUE NO LO IGNORES,  
¡OH VIAJERO!  
Y SEPAS QUÉ TIERRA PISAS,  
LOS FRAILES DE ESTA IGLESIA  
PUSIERON ESTA LÁPIDA.

El cardenal Bevilacqua erigió en honor de Tasso el monumento que se ve en la misma iglesia de San Onofre, á la izquierda de la puerta; y como nada de cuanto se refiera á la justa fama del autor de la *Jerusalem* puede ser indiferente para quienes hacen profesion de amor á las letras clásicas, aunque el monumento y la inscripcion del cardenal Bevilacqua alcanzáran escasa fortuna, y el polvo de los tiempos y el

del olvido vayan acumulándose sobre una y otra, por gratitud al bienhechor de la memoria de Tasso reproducimos los renglones grabados en la lápida:

TORQUATI-TASSI-POETÆ  
HEU-QUANTUM-IN-HOC-UNO-NOMINE  
CELEBRITATIS AC LAUDUM.  
OSSA  
HUC TRANSTULIT, HIC CONDIDIT  
BONIF-CARD. BEVILAQUA  
NE-QUI-VOLITAT-VIRUS-PER ORA VIRUM  
EJUS RELIQUA PARUM SPLENDIDO LOCO  
COLERENTUR, QUÆRENTUR  
ADMONUIT VIRTUTIS AMOR, ADMONUIT  
ADVERSUS PATRIÆ ALUMNUM ADVERSUS  
PARENTUM AMICUM PIETAS.  
VIX. ANN LI. NAT. MAGNO FLORENTISS.  
SEC. BONO. AN. M.DXLIV.

Afortunadamente, en este siglo, en el pontificado actual se ha rendido homenaje muy digno á la memoria del gran ingenio, llevando á feliz término la construccion de un monumento sepulcral, donde con gran solemnidad fueron colocados los restos mortales de Tasso, el dia 25 de Abril de 1857; es decir, á los 262 años de su muerte, y en la iglesia misma donde resonaron las primeras preces por el descanso eterno de su alma.

El moderno sepulcro de Tasso ocupa la primera capilla á la izquierda de la única nave de la iglesia: es un hermoso sarcófago de mármol blanco, limpio y trasparente, adornado de bajo-relieves muy estimables, y sobre el cual se ve la estatua del poeta, que ofrece sus obras poéticas á la Reina de los cielos; tierno y constante objeto de su acendrada devocion, como lo acreditan aquellos hermosos versos que le inspiró el santuario de Loreto:

*Oh Vergine del ciel, Vergine e Madre!  
Col mio pianto mi purga,  
Si ch'io per te risurga  
Dal fondo di mie colpe oscure ed adre;  
E saglia ove tua gloria alfin rimiri  
D'esto limo terreno  
Su nel sereno dei lucenti giri!.....*

En el jardín del monasterio se conservaba, no há mucho, el tronco, medio calcinado por un rayo, de la encina á cuya sombra leía Tasso en el libro enlutado de su pensamiento y en el inmenso libro de piedra y de ruinas, de luz y de sombras, que desde aquella altura ofrece la ciudad eterna. En la celda del poeta se conservan algunos de los pobres objetos que fueron testigos de su agonía y de su cristiana muerte: allí están el crucifijo que estrechó entre sus manos, una carta autógrafa, un tintero de tosca madera, y la máscara mortuoria, de donde se han sacado despues los bustos y retratos. La celda de Tasso tiene algo de imponente y de simpático, que subyuga y embelesa al viajero: el genio atrae; el infortunio interesa: cuando el infortunio y el genio se confunden en íntimo abrazo, su recuerdo tiene asegurado para siempre el culto de todos los hombres de corazón. Por la celda del Tasso han pasado y pasan, dos siglos hace, con la cabeza descubierta, casi todos los pensadores insignes de Europa. Allí queria acabar sus días Chateaubriand; allí espíritus heridos por la duda ó amenazados de escepticismo han visto clara la estrecha alianza y la feliz armonía del talento con la virtud, del mucho saber con el mucho creer, de la vida, en fin, del verdadero sabio con la muerte del cristiano verdadero.

Los jerónimos de San Onofre, cariñosos ahora para la memoria de Tasso como lo fueron ántes para el poeta moribundo, conservan con reverencia y muestran con agrado aquella celda y aquellos muebles, que en un museo general, abigarrado y prosáico, tal vez pasarían inadvertidos, ó fueran simple objeto de trivial curiosidad junto al puñal de un rebelde ó al autógrafa cifrado de un conspirador de fortuna.

La vida de Tasso fué un inmenso camino de dolores entre dos verdaderos paraísos, entre la cuna de Sorrento y la tumba del Janículo. Si Sorrento es un jardín encantado al pié de un volcan, el Janículo es una colina pintoresca, desde cuya cumbre parece que el espíritu abarca los confines del tiempo y del espacio.

En la galería del monasterio de San Onofre, que llámase ya corredor del Tasso, hay un preciosísimo cuadro al fresco que

ocupa señalada página en la historia de la pintura italiana: es la Madonna de Leonardo Vinci, pintada, á juicio de los críticos más respetables, por el año de 1504, durante una cortísima permanencia del autor en Roma, donde en vano sería buscar otra igual muestra de aquel pincel y de aquella manera; que tanto influjo alcanzaron sobre los grandes maestros y las grandes obras del siglo xvi.

La Madonna de San Onofre resalta sobre un fondo de oro que imita el mosaico: la Virgen está sentada con el Niño, á quien pone una flor, que un devoto arrodillado le ha ofrecido. El Niño acerca una mano á la flor, y alza la otra como en actitud de bendecir al devoto. El cuadro no puede ser más sencillo ni más interesante: el dibujo, la composición, la dulce armonía de aquellas tres figuras, producen un encanto singular y revelan todo el mérito del inmortal pintor de *La Cena*.

No es el cuadro de Leonardo Vinci el único objeto digno de admiración en San Onofre: el ábside de la iglesia, pintado al fresco por Pinturicchio y Perucci á fines del siglo xv, ofrece interesantísima enseñanza para el estudio del arte en la época del Renacimiento. La Adoración de los Magos, la Virgen entre varios santos, y la Huida á Egipto, de Perucci, como la Coronación de María por su divino Hijo y los apóstoles, obra de Pinturicchio, son cuadros todos que llenan la tribuna, son obras que, si por los estragos del tiempo no pueden ya acreditar los primores del colorido, presentan indudable testimonio de las bellezas del dibujo y del acierto en la composición.

La Virgen de Loreto, por Annibal Caracci, que está sobre el altar de la capilla Madrucci, sería acaso uno de los más insignes cuadros del pintor boloñés, si reiteradas é infelices restauraciones no lo hubieran traído al deplorable estado en que se halla. Las pinturas al fresco, de Ricci, que adornan esta capilla, y que representan la historia de la Virgen, son muy estimadas de los inteligentes, como imitación de la escuela de Rafael en una época en que el mal gusto prevalecía y eran mucho más frecuentes las parodias que las imitaciones.

La iglesia de San Onofre está llena de lápidas y monumentos sepulcrales, que contienen nombres distinguidos en los

anales de la santidad y de las letras: entre ellos hay no pocos que se refieren á españoles. ¿En qué iglesia de Roma no se encuentra algun nombre español?

Al siglo xv corresponden, en San Onofre, los humildes epitafios de Juan Jerez, sevillano, dependiente de la Cancillería apostólica, y de Luis de Orozco, cordobés, canónigo de Sigüenza. Allí yacen María de Baena, doncella cordobesa, que murió en opinion de santidad el año del jubileo 1500; el famoso valenciano Pedro Pintor, médico celeberrimo del Papa español Alejandro VI, y Francisco Cabañas, protonotario apostólico y camarero secreto del mismo Papa, gran bienhechor de la iglesia donde reposan sus cenizas.

Cerca de estos humildes monumentos, que el viajero español lee y repasa con ávido interes, álzanse otros, en que las artes han desplegado sus primores y aun su magnificencia; tales son los del cardenal Madruzzi, titular de San Onofre; el del cardenal Fresza, que murió en 1537, y el del poeta lírico Alejandro Guidi, que quiso dormir el sueño de la eternidad junto á la tumba de Torcuato Tasso.

Otra sepultura memorable contiene todavía la iglesia de San Onofre: la del cardenal Mezzofanti, el polígloto que ha sido asombro de su generacion, y cuya fama pasará á las venideras como la de un portento inverosímil, como un mito quizá: *Innocentia, morum et pietate memorandus*, dice su epitafio; *Itemque omnium doctrinarum ac veterum novorumque idiomatum scientia Plane singularis et fama cultiori orbi Notissimus. Bononia natus. an. MDCCLXXIV. Romae decessit an. MDCCCXLVIII.*

Las manos de la piedad y de la munificencia, que levantaron sarcófagos para Tasso y para Guidi, no tardarán en levantarlo para el modesto cardenal, portento de su siglo, á quien una voz paternal y augusta solia llamar *el Pentecostés viviente*.

Cuando, despues de recorrer las memorias y las lápidas del templo de San Onofre, y de visitar la celda de Tasso, y de dirigir una mirada por aquellos claustros, donde la paz tiene su asiento, el espíritu se vuelve hácia las regiones de la historia y de la filosofía, luégo al punto se siente dominado por un

gran recuerdo y por una gran verdad, que en vano intenta obscurecer la insensata gritería de nuestros tiempos. Humildes frailes guardan las alturas del Capitolio, y monjes austeros las ruinas de las termas de Diocleciano. Dominicos y agustinos ofrecen con amor los tesoros de sus bibliotecas, y los jesuitas sus libros y sus cátedras y su gran museo de Kircher; ¡pobres franciscanos! oran sin cesar sobre el calvario de Jerusalem y sobre el calvario de Roma. ¿Qué misteriosa mision está reservada en el mundo á las órdenes regulares, que no sólo salvan las creencias y las letras en los siglos medios, sino que se constituyen en sus guardadoras más fieles en los dias de la indiferencia, de la incredulidad y de la persecucion? Los revolucionarios de todas las naciones declaran guerra á muerte á los monjes y á los frailes; y los monjes y los frailes, abatidos y pobres, que no asustados, se retiran á cuidar de las bibliotecas y de los monumentos que perdonó ó que á su paso no pudo destruir la iracundia feroz de las ambiciones y de los partidos. Un soldado con képis y bayoneta enseña en Nápoles la cartuja de San Martin. A nombre de la democracia y de la libertad de cultos y de los derechos del hombre, se amontonan en Madrid, para honrarlos demagógicamente, los venerables huesos de los adalides de la monarquía y de la unidad católica. ¿Están en su juicio los hombres del siglo xix?